

AGROECOLOGÍA Y AGRICULTURA ORGÁNICA EN CHILE: ENTRE CONVENCIONALIZACIÓN Y CIUDADANÍA AMBIENTAL

Cid Aguayo, Beatriz¹

Recibido: 06-01-2011

Revisado: 14-03-2011

Aceptado: 25-04-2011

RESUMEN

Desde la década de 1980 Chile ha jugado un papel relevante en la producción agroalimentaria global, acuñando en los últimos años el lema «Chile: Potencia Agroalimentaria». En este contexto, es pertinente explorar en el ejercicio individual y colectivo de ciudadanía, ejercido por productores agrícolas que intentan desafiar –o, al menos, representar una diferencia– respecto del modelo económico y productivo dominante. Este artículo explora en el desarrollo y estado del movimiento agroecológico chileno, como expresión de una *agricultura cívica*, que representaría un contra-movimiento levantado por diversos actores contra los discursos y prácticas dominantes de la «potencia agroalimentaria» chilena. Realiza también algunos aportes a la discusión sobre los procesos de *convencionalización* y *bifurcación* descritos en la literatura, explorando sus límites analíticos para entender el movimiento agroecológico chileno.

Palabras clave: agroecología, agricultura orgánica, convencionalización, ciudadanía, Chile.

ABSTRACT

Chile has played a relevant role in neoliberal global food production since the 1980s, coining in the last years the motto «Chile: an Agro-food Power». Thus, it is relevant to enquire on the exercise of individual and collective citizenship on the part of agricultural producers that attempt to challenge -or at least, make a difference- within this dominant economic and productive model. This paper explores the development and current state of the agroecological movement in Chile, as an expression of *civic agriculture* representing a countermovement developed by diverse actors against the dominant discourse and practices of the «Chilean agro-food power». It also discusses the conventionalization and bifurcation processes described in the literature and its analytical limits.

Key words: agroecology, organic agriculture, conventionalization, citizenship, Chile.

1 Socióloga (Universidad Católica de Chile); M.Sc. en Sociología (Universidad de Chile); Ph.D. in Sociology (York University, Canadá). Profesora Asistente del Departamento de Sociología y Antropología, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Concepción-Chile. **Dirección postal:** Departamento de Sociología y Antropología. Facultad de Ciencias Sociales. Universidad de Concepción, Barrio Universitario, s/n. Concepción, Chile. **Teléfono:** +56-41-2203038. **Fax:** +56-41-2215860; **e-mail:** beatrizcid@udec.cl

RÉSUMÉ

Depuis les années 80, le Chili a joué un rôle important dans la production alimentaire mondiale, en développant ces dernières années le slogan ou le signe «Chili: une puissance agroalimentaire.» Dans ce contexte, il est important l'exploration dans l'exercice individuel et collectif des citoyens, exercée par des producteurs agricoles qui affrontent les défis, ou essaient au moins de faire une différence face au modèle économique de production dominant. Cet article dévoile le développement et la situation du mouvement agro-écologiques chilien, comme une l'expression d'une agriculture civique, qui représente un contre-mouvement soulevées par divers intervenants contre les discours dominants et les pratiques de la «puissance agroalimentaire» du Chili. Également dans cet article vous trouvez quelques apports à la discussion sur les processus sur la conventionalisation et bifurcation décrit dans la littérature, on montre ses limites analytiques pour comprendre le mouvement agro écologiques chilien.

Mots-clé: agro écologie, agriculture organique, conventionalisation, citoyenneté, Chili.

1. INTRODUCCIÓN

Desde la década de 1980, Chile ha jugado un papel relevante en la producción agroalimentaria global, particularmente en los mercados nicho de productos frescos -especialmente fruta mediterránea de contratemporada-, vino *premium* y salmón atlántico. Ello ha ocurrido bajo una agresiva política de modernización del sector agrario, que sigue un modelo de desarrollo neoliberal, orientado a la exportación y la explotación de ventajas competitivas. Es más, durante la última década el gobierno chileno promovió explícitamente el lema «Chile: Potencia Agroalimentaria», como lineamiento estratégico para sus políticas agrícolas y rurales. La estrategia chilena ha involucrado una combinación de inversión internacional masiva por parte de corporaciones agroalimentarias, monocultivos, abuso de agroquímicos, trabajo temporal y una relación conflictiva con campesinos y agricultores. En ese contexto, resulta pertinente explorar en el ejercicio individual y colectivo de ciudadanía desarrollado por productores agrícolas que intentan desafiar -o al menos representar una diferencia-, respecto del modelo económico y productivo dominante. En palabras teóricamente más tradicionales, este artículo explora los diversos *contra-movimientos* Polanyianos de la *sociedad activa* que intenta *re-arraigar*, bajo marcos locales, sociales y medioambientales, el mercado agroalimentario autoregulado global, que es percibido como expansivo y riesgoso (Polanyi, 2001).

Este artículo explora el desarrollo y estado actual del movimiento -o, como se verá a lo largo del mismo, movimientos- agroecológicos en Chile, particularmente la Región del Bio-Bio, localizada en el centro-sur del país. Albergando la mitad de la producción agroecológica chilena total, la Región del Bio-Bio ofre-

ce un caso ilustrativo de contra-movimiento en el contexto de una producción agroalimentaria neoliberal hegemónica y exitosa desde el Sur Global. Ello hace posible discutir la centralidad de dos temas que han sido ampliamente descritos en la literatura relativa a regímenes de certificación orgánica: i) los procesos de *convencionalización*-abdicación de los principios agroecológicos por parte de productores insertos exitosamente en el mercado-; y ii) los de *bifurcación* -segmentación entre productores convencionalizados y no convencionalizados-. También permite discutir acerca de las posibilidades y límites de la producción agroecológica para constituir un ejercicio de *ciudadanía medioambiental*. En este caso, pese a evidencias acerca de procesos de convencionalización entre productores medianos y grandes, pueden encontrarse también comportamientos, prácticas y ejercicios de *agricultura cívica* (DeLind, 2002; Lyson, 2002) que representan diversos contra-movimientos desarrollados por varios actores contra el discurso y práctica dominante de la «potencia agroalimentaria» chilena. Además, mientras la literatura describe ampliamente la bifurcación del movimiento del agroecológico, entre prácticas convencionalizadas y no convencionalizadas, este caso muestra cómo pequeños y medianos productores agroecológicos chilenos combinan estratégicamente dichas prácticas. Es así como estos productores desarrollarían prácticas convencionalizadas en su relación con mercados externos y domésticos formales, con miras a re-capitalizar su producción, al tiempo que mantendrían prácticas no convencionalizadas para el autoconsumo familiar y el mercado local. De esta manera, ejercicios de ciudadanía medioambiental y agricultura cívica, se articularían con prácticas más comerciales orientadas hacia los mercados formales, domésticos y externos.

2. AGROECOLOGÍA, CONVENCIONALIZACIÓN Y AGRICULTURA CÍVICA

Se ha argumentado ampliamente que la globalización agroalimentaria neoliberal ha afectado tanto el bienestar de productores agrícolas como el de los consumidores (Friedmann, 1994; FitzSimmons, 1999; Kneen, 1999; Barndt, 2002). Frente a ello han emergido también contra-tendencias que intentan construir alianzas económicas y políticas entre proveedores, agricultores, minoristas, trabajadores y consumidores, con miras a establecer redes agroalimentarias autosustentables basadas en la confianza y la cooperación. Esto ocurre con el propósito de acortar las *fracturas metabólicas* asociadas con la producción alimentaria global y limitar el poder de las corporaciones agroalimentarias (Jarosz y Qazi, 2000). El rango de alternativas propuestas frente a las prácticas dominantes se agrupa dentro de las categorías de agroecología y soberanía alimentaria (Altieri, 1998; Leahy, 2004). Estas propuestas van más allá de reformar el sistema productivo; implican un esfuerzo por transformar la sociedad en su completitud. En palabras de Miguel Altieri, «*A radical transformation of agriculture is needed, one guided by the notion that ecological change cannot be promoted without comparable changes in the social, political, cultural and economic arenas that also constrain agriculture*» (1998: 4)². Estas propuestas pueden analizarse bajo los lentes analíticos de Karl Polanyi, quien observó que las tendencias destructivas que los mercados auto-regulados de tierra, trabajo y capital conllevan sobre las comunidades y la naturaleza, van siempre acompañadas por el intento cívico de re-arraigar dichos mercados bajo controles sociales. Bajo esta mirada el movimiento agroecológico sería parte del esfuerzo de la sociedad activa por establecer algún control sobre la -social y medioambientalmente ciega- lógica económica neoliberal.

En el primer mundo, las propuestas agroecológicas han sido ampliamente asociadas con la opción por el «consumo local». Sin embargo, visto desde Sur Global, esto puede ser problemático; y, de hecho, ha sido criticado en tanto el foco en lo local abandona el espacio global al dominio absoluto de los actores corporativos internacionales (Massey, 2002). Además, el consumo local indirectamente ignora el destino de las comunidades agrícolas en el Sur, cuyo sustento depende en gran parte de economías de exportación. En otros términos,

el «consumo local» reconstruye una comunidad local ficticia -privilegiada y localizada al interior de los de países centrales- e ideológicamente borra el resto del mundo, evitando así la responsabilidad internacional por el destino de las comunidades del Sur Global. Como argumenta Winter (2003), estas prácticas pueden tener connotaciones nacionalistas y posiblemente racistas, por lo cual el «arraigo local» puede transformarse en «localismo defensivo» antes que en la construcción de una alternativa verde para un futuro post-global. Como argumenta Massey (2002), la construcción de alternativas no sólo debe evitar la tentación del retorno a lo local, sino que debe extender su preocupación más allá, reconociendo ‘responsabilidad a distancia’: «*In an age of ‘globalization’ we need also to be able to ‘ground’ our international connections, to recognize responsibility at a distance, to appreciate that ‘the closest in’ maybe should not always be the first priority*» (Massey, 2002: 22)³.

El mercado orgánico y el proceso de la certificación orgánica representan dos alternativas de escala global que intentan re-arraigar la lógica global de producción alimentaria bajo estructuras formalizadas de control, con miras a proteger el ambiente y promover el bienestar de productores y consumidores. El movimiento orgánico reúne diferentes grupos de actores -organizaciones de consumidores, grupos de justicia medioambiental y social y asociaciones de productores-, para movilizar la disponibilidad a pagar de los consumidores de acuerdo con fines ambientales y sociales (Bacon, 2005). La certificación orgánica es un sistema de certificación voluntaria que instala estándares en lo referido al reciclaje de desechos, la polución del agua, el uso de insumo químicos y el manejo de la calidad del suelo, ofreciendo sobrepagos a productores que obedecen normas establecidas (Muradian y Pelupessy, 2005). La certificación orgánica se desarrolló en la década de 1970, a través de iniciativas que buscaban alternativas a la naturaleza insostenible de la agricultura industrial y al carácter poco saludable de los alimentos agroindustriales. Estas iniciativas buscaron crear un sistema agroalimentario más saludable y sustentable, que «re-arraigara» la agricultura y ganadería bajo procesos «orgánicos» o «ecológicos» (Raynolds, 2000). Los sistemas de certificación fueron animados inicialmente por productores orgánicos y, en algún grado, por comerciantes involucrados en el mercado de comida orgánica,

2 La traducción libre de la cita de Altieri (1998: 4) apunta que «(...) es necesaria una transformación radical de agricultura, guiada por la noción de que el cambio ecológico no puede promoverse sin cambios comparables en las arenas sociales, políticas, culturales y económicas que también condicionan la agricultura».

3 Análogo a lo anterior, se refiere Massey (2002: 22) a que «(...) en una era de ‘globalización’ necesitamos ser capaces de ‘aterrizar’ nuestras conexiones internacionales, reconocer responsabilidad a distancia, para apreciar que ‘el más cercano’ quizá no siempre debe ser la primera prioridad».

como una manera proteger dicho mercado del fraude y garantizar la autenticidad de la etiqueta (Raynolds, 2003; González y Nigh, 2005). Aunque el mercado internacional de productos orgánicos ha crecido ampliamente en los años recientes, su alcance todavía es limitado. En este sentido, Raynolds (2000) argumenta que el verdadero éxito del mercado orgánico no se refiere a su crecimiento comercial, sino a su habilidad para cuestionar las relaciones capitalistas abstractas que alimentan la explotación en el sistema agroalimentario global; esto es, como una forma política de contrapoder.

La articulación entre los conceptos sobre agroecología, producción orgánica y ciudadanía medioambiental ha sido organizada principalmente en torno el ámbito del consumo. El consumo de productos agroecológicos ha sido conceptualizado ampliamente como un ejercicio de ciudadanía medioambiental, por dos razones: primero, los ciudadanos responsables desplegarían éticas ambientales al realizar consumo sustentable (Seyfang, 2005; 2006); y, segundo, el derecho a «comer bien» ha sido incluido en un concepto liberal de ciudadanía dentro de un constructo más general de derechos medioambientales (Dowler, 2008; Kojima, 2010). Esta forma de ciudadanía tendría la ventaja de trascender la diferenciación de lo público/privado en la línea feminista de que las opciones personales y familiares son profundamente políticas. Por otra parte, el consumo como forma de ciudadanía presenta varios problemas; principalmente la dificultad de distinguir entre estrechos intereses personales, respecto de las preocupaciones reales acerca de la economía política del proceso productivo y el deseo de proteger el paisaje rural y las economías locales (DeLind y Bingen, 2008). Es más, los consumidores que escogen productos agroecológicos en el comercio están simplemente transfiriendo su preocupación política hacia otros que supuestamente sí están ejerciendo la opción política de producir agroecológicamente.

Paradójicamente, la esfera de producción ha sido escasamente abordada en la discusión de ciudadanía ambiental. De esta manera, mientras el consumo responsable es considerado cívico, la producción agroecológica es considerada principalmente como una opción personal o incluso un ejercicio comercial. De hecho, la discusión de la esfera productiva ha sido dominada temáticamente por el concepto de *regímenes de certificación* y la hipótesis de *convencionalización*. Bajo esta hipótesis, la producción orgánica aparece principalmente manejada desde una lógica comercial y con criterio ecológico minimalista, antes que por consideraciones agroecológicas. Según las hipótesis de convencionalización y bifurcación, la formalización de regímenes

de certificación orgánica habría desnaturalizado los principios agroecológicos que originalmente inspiraron el movimiento. Ello, porque los productores orgánicos que entran en competencia de mercado se bifurcarían en dos grupos diferenciados: ortodoxos y «convencionalizados». Los productores convencionalizados aplicarían criterios agroecológicos mínimos y apoyarían la formalización de la agricultura orgánica, así como su apertura al capital corporativo y a los intereses agroindustriales (Raynolds, 2003; Gómez y Tovar *et al.*, 2005). Según Buck *et al.* (1997) y Goodman (2005), la mayoría de los productores convencionalizados desarrolla una definición de lo orgánico mínima, cínica, pragmática y orientada al mercado, que contradice los fundamentos agroecológicos de la agricultura sustentable. Dicha definición mínima se reduciría finalmente al cumplimiento una lista de insumos permitidos -tales como la limitación del uso de agroquímicos-, que son relevantes para la salud de los consumidores; al mismo tiempo que se mantendrían muchas de las prácticas de la agricultura convencional, tales como los monocultivos y el empleo de mano de obra temporal, migrante y no sindicalizada. Dichos agricultores estarían desplazando al grupo cada vez menor de agricultores más ortodoxos en el movimiento; esto es, a aquellos que cuyo énfasis está en un estilo productivo distintivo, con opciones en relación con la elección de tipos de cultivo, tamaño de la explotación, estructuras organizacionales y relaciones personales. Esta bifurcación se reflejaría en la gobernanza de los regímenes de certificación, de manera tal que a pesar del compromiso histórico del movimiento orgánico con valores domésticos y cívicos (arraigados en la confianza personal, diversidad, y justicia social), los regímenes de certificación instituyen convenciones de calidad industrial y comercial basadas en la eficacia, estandarización, burocratización y competitividad de precios (Raynolds, 2003).

Los regímenes de certificación orgánica convencionalizados han sido ampliamente criticados. Primero, se les acusa de ser verticales en su naturaleza; esto significa que las normas de producción orgánica son organizadas según las demandas e intereses de consumidores del primer mundo, las que son impuestas hacia abajo de la cadena productiva por la vía de agencias de certificación e intermediarios, con baja o nula participación de los productores y campesinos en el proceso (González y Nigh, 2005). En este sentido, la inspiración de lo que era originalmente un comercio alternativo y que redefinía las relaciones de poder se habría perdido, en tanto se ha permitido que las prácticas adquisitivas de consumidores, adinerados y maximizadores de bienestar, guíen el movimiento. Esta

verticalidad minaría las bases democráticas originales del movimiento orgánico y fortalecería la subordinación de los productores del Sur ante los dictados de consumidores del Norte (Raynolds, 2000).

Una segunda crítica a los procesos del convencionalización es que la lógica y estructura de los regímenes de certificación y del mercado de productos orgánicos tiende a beneficiar a los agricultores grandes y capitalizados respecto de los pequeños. Esto ocurre porque el proceso de certificación involucra un costo monetario para los agricultores, así como también un conjunto de requisitos burocráticos, lo cual favorece agricultores orgánicos grandes y de estilo agroindustrial. De hecho, la creación y mantenimiento de registros, archivos y carpetas acerca del proceso productivo es dificultoso para campesinos de escasa alfabetización, al tiempo que el costo de las inspecciones a los predios -llevadas a cabo por empresas certificadoras, muchas veces extranjeras- resulta caro para agricultores aislados. Los productores grandes, por su parte, poseen economías de escala que les favorecen en el mismo de proceso; por ejemplo, los predios a certificar son más homogéneos y accesibles. Así, el proceso de certificación orgánica tiende a reforzar la posición ya ventajosa de agricultores grandes. En este sentido, el proceso de certificación se constituye una nueva forma de gobernanza que reproduce y acentúa las desigualdades existentes entre productores (Raynolds, 2003; Gómez Tovar *et al.*, 2005).

Un tercer problema se relaciona con la estructura de mercado. La certificación orgánica obscurece la distinción entre productos agroindustriales -cultivados bajo criterios de certificación orgánica minimalista- y pequeños productos de perfil agroecológico. Ambos productos, pese a encarnar estructuras de costo completamente diferentes, compiten en los mismos estantes de supermercado, bajo la misma certificación y para segmentos de mercado similares. Ello disimula las distintas economías políticas detrás de ambas estructuras productivas. Por ejemplo, aunque la producción agroindustrial orgánica (*e.g.*, plátanos orgánicos Dole) respeta normas orgánicas sobre el uso de agroquímicos y el manejo del suelo, ésta sigue siendo una empresa totalmente capitalista que probablemente mantiene prácticas convencionales en temas laborales, estrategias de agricultura de contrato y mínima biodiversidad intra-predial; todos estos son factores que contrastan completamente con la estructura productiva de productores orgánicos ortodoxos o, más dramáticamente, con la producción campesina de sensibilidad agroecológica (Klonsky, 2000; Gómez y Tovar *et al.*, 2005).

El cuarto se refiere a la argumentación de que los sobrepuestos asociados con la certificación orgánica han atraído intereses corporativos. Ello habría promovido prácticas productivas minimalistas que dependen de definiciones blandas de lo orgánico, lo cual desdibuja la distinción entre agricultura orgánica y convencional (Goodman, 2005). Al respecto, Guthman (2004a, 2004b) argumenta que la penetración agroindustrial en el negocio orgánico amenaza las prácticas orgánicas en tres niveles: político, económico e identitario. En detalle, se refiere a:

- *Amenazas políticas*: la gran influencia adquirida por los agronegocios en la definición y manipulación de los estándares para su propio beneficio, presiona hacia la disminución y minimalización de dichos estándares. Por su parte, los productores orgánicos tradicionales han buscado contrarrestar estas tendencias desarrollando etiquetas que van más allá de lo orgánico.

- *Amenazas económicas*: los agronegocios tienen la capacidad de desplazar a los productores orgánicos más comprometidos a través de la competencia de precios.

- *Amenazas de identidad*: a través de su práctica orgánica blanda, que utiliza altos niveles de intensificación, malas prácticas laborales y escasas actividades tradicionales como la rotación de cultivos y multicultivos, los agronegocios terminan minando la particularidad identitaria de cultivar orgánico.

Es así como los segmentos más lucrativos de la cadena de valor orgánica habrían sido apropiadas por empresas agroindustriales, muchas de las cuales han abandonado las prácticas agronómicas y comerciales alternativas y sustentables características del movimiento orgánico. Así, la incorporación de los agronegocios minaría la capacidad de los productores de mantener formas ortodoxas de cultivar orgánico, lo cual profundizaría la ya descrita convencionalización de la etiqueta orgánica, socavando la naturaleza originalmente radical de la misma.

En resumen, la tendencia de convencionalización descrita en la literatura envuelve varias conclusiones fatalistas, que deniegan la posibilidad de que un agricultor vinculado al mercado pueda mantener un compromiso con prácticas agroecológicas. Esto deja a los consumidores políticamente informados con el dilema de escoger entre productores agroecológicos locales, de escala muy pequeña -y probablemente incapaces de satisfacer la demanda local total de los centros urbanos-, o las ambientalmente ciegas corporaciones agroalimentarias. Descontento con estas conclusiones fatalistas y dualistas, este artículo intenta retomar la idea de la producción agroecológica y orgánica como un ejercicio cívico en sí mismo, desarrollado por los

productores. Usando el concepto de agricultura cívica (Lyson, 2000; DeLind, 2002), este trabajo intenta mostrar que la producción agroecológica -tal y como es practicada por diferentes tipos de agricultores- no es sólo una opción comercial, sino también un auténtico ejercicio de ciudadanía ecológica. Es más, en el contexto del Sur Global, es políticamente más fructífero reconocer los ejercicios que promueven y profundizan la ciudadanía ambiental, antes que vigilar a pequeños y medianos agricultores en busca de trazas de convencionalización que los marginarían de un movimiento agroecológico.

En la *agricultura cívica*, la alimentación y las prácticas agrícolas son organizadas según las necesidades de los agricultores, los consumidores y las economías rurales locales. En tanto estas prácticas son importantes para la relación entre las personas y el territorio que ellas habitan, la agricultura cívica constituye un ejercicio de promoción de ciudadanía y sensibilidad ambiental en el escenario rural (DeLind, 2002). La agricultura cívica está dotada de flexibilidad ideológica y es inclusiva en su naturaleza, dejando espacios para conocimientos territoriales y sistemas agroalimentarios localmente orientados (Lyson y Guptill, 2004). Se organiza explícitamente en oposición a los sistemas agroalimentarios globales, corporativamente dominados, así como a la agricultura de *commodities* en general. En este sentido, la agricultura cívica se corresponde explícitamente a una contra-tendencia Polanyiana de re-arraigar y re-localizar la agricultura globalizada y mercantilizada. Bajo esta óptica, la agricultura se constituye en una cuestión cívica, en lugar de un problema exclusivamente económico.

Seguidamente, este artículo examina varias ramas del movimiento agroecológico en Chile, particularmente en la Región del Bio-Bio, que concentra casi la mitad de la producción orgánica chilena total. Particularmente se argumentará que, a pesar de existir evidentes tendencias hacia convencionalización entre agricultores medianos y grandes, es necesario dar cuenta de otros comportamientos que conservan prácticas agroecológicas y constituyen de esta forma ejercicios de agricultura cívica.

3. AGROECOLOGÍA Y AGRICULTURA ORGÁNICA EN LA REGIÓN DEL BIO-BIO

La Región del Bio-Bio se localiza en el centro-sur de Chile (36° 46' 22" S), por lo que disfruta de un clima mediterráneo; corresponde, así mismo, a un zona irrigada por varios ríos. Es un área ocupada tradicionalmente por medianos y pequeños propietarios dedicados a la producción de trigo, ganado, remolacha y pe-

queña viticultura. De hecho, las grandes haciendas que caracterizaron el campo chileno hasta el primero la mitad del XX, nunca se consolidaron realmente en esta área. Incluso hoy el Censo Agrario muestra una estructura de tenencia basada en el minifundio; de hecho, 48,6% de las tenencias son de menos de 5 hectáreas y 64,9% de menos que 10 hectáreas. En los últimos 20 años y en el contexto de una economía orientada a la exportación, la silvicultura y la industria papelera han penetrado el área. Durante este tiempo, 1.330.163 hectáreas de tierra agrícola -que anteriormente eran principalmente usadas para la producción triguera y de remolacha-, han sido ocupadas por plantaciones silvícolas (INE, 2006-2007). Esto ha significado tanto un desplazamiento de la agricultura campesina, como crecientes conflictos acerca del uso de las aguas y el impacto de la aspersión de agroquímicos.

Como contra-movimiento a esta tendencia, la Región del Bio-Bio se ha vuelto también el centro del movimiento agroecológico chileno. Tres de las principales organizaciones nacionales que promueven la Agroecología -el Centro de Educación en Tecnología (CET) Yumbel, CET-Sur e Inia Quilamapu- se localizan en la región, como también la mayor parte de los productores agroecológicos chilenos. Ello incluye alrededor de 1.000 explotaciones orgánicas certificadas (individuales y cooperativas), que constituyen la mitad del total de explotaciones orgánicas certificadas en todo Chile. Además, la principal empresa certificadora que trabaja en Chile -la compañía alemana *Bio Control System Eco Guarantee* (BCS), tiene sus oficinas centrales en la ciudad de Chillán, de la Región del Bio-Bio. También en la región y bajo el efecto demostrativo de las instituciones promotoras, existe un número significativo de productores agroecológicos no certificados, de pequeña escala, tanto en sectores urbanos como rurales. Esta concentración parece estar relacionada con el efecto demostrativo generado por productores pioneros que han estado cultivando orgánicamente en la región desde la década de 1970.

Actualmente, tres vertientes del movimiento agroecológico están presentes en la Región de Bio-Bio. La primera vertiente está organizada alrededor de dos organizaciones: Agrupación de Agricultura Orgánica de Chile (AAOCH) y Bio-Bio Orgánico. Ambas tienen un perfil similar y una participación cruzada, formada por agricultores medianos y grandes con cierto nivel de capitalización. Su producción -principalmente certificada- se orienta a los mercados del nicho, mercados domésticos de élite y a la exportación. La segunda vertiente del movimiento consiste en un grupo de federaciones campesinas, organizaciones de agricultura urba-

na, fundaciones y ONGs, que retoman prácticas agroecológicas como una manera de bajar los costos de producción alimentaria familiar, mejorar las dietas y diversificar los ingresos familiares a través de la participación en los mercados alimentarios locales informales. Finalmente, la tercera vertiente corresponde al movimiento de permacultura, constituido principalmente sobre una base neo-rural, de clase media y alta, organizado alrededor del Instituto Chileno de Permacultura (ICP) y la Granja Agroecológica El Manzano. Ambas organizaciones abrazan la agroecología como parte de una búsqueda de un estilo de vida sustentable, teniendo casi nula conexión con los mercados.

La relación entre estas tres vertientes de la práctica agroecológica ha estado sembrada de conflictos, particularmente entre agricultores capitalizados y campesinos, así como también entre productores con «orientación al movimiento» y productores con «orientación al mercado». En las siguientes secciones se examinarán estas tres líneas del movimiento agroecológico, mostrando que: (i) a pesar de sus significativas diferencias, todos ellos -de maneras bastante distintas- constituyen ejercicios de contra-movimiento y agricultura cívica; y que, (ii) la distinción entre productores convencionalizados y no convencionalizados es borrosa y no explica la complejidad de las prácticas estratégicas de -por lo menos- dos de estas vertientes.

4. ENTRE COMPROMISO PERSONAL Y DEMANDAS DE MERCADO: AAOCH Y BIO-BIO ORGÁNICO

La AAOCH es una organización de productores orgánicos de escala nacional, cuyo propósito es la promoción de las prácticas agroecológicas, la representación política del tema, la articulación de iniciativas comerciales, la promoción nacional e internacional del consumo orgánico, la salvaguarda del cumplimiento de normas orgánicas y el cabildeo de los intereses de sus asociados. Bio-Bio Orgánico, por su parte, representa a agricultores de la Región del Bio-Bio y también del Sur de Chile. Muchos de sus miembros también participan en la AAOCH, como también los propósitos y actividades de ambos grupos se solapan. Sin embargo, Bio-Bio Orgánico se distingue por su naturaleza regionalista y un énfasis más político, levantando opinión pública y cabildeo respecto de temas más contenciosos como la producción transgénica, el monopolio de las semillas y los monocultivos.

A primera vista los agricultores de medianos a grandes, capitalizados, orientados a mercado y que están asociados a estas dos organizaciones, parecen constituir un grupo altamente convencionalizado que apenas representa algún contra-movimiento contra las formas

dominantes de producción agrícola. De hecho, estos productores están orientados a mercados convencionales y apuntan a la satisfacción de demandas de nicho de grupos de altos ingresos, nacionales e internacionales. Bajo esta orientación productiva, muchos de estos agricultores se relacionan con agroindustrias de *packing* de orgánicos, principalmente de *berries*, orientadas a la demanda orgánica del hemisferio Norte, de exclusivas cadenas de supermercados nacionales y de tiendas de productos saludables y alternativos orientados a consumidores de élite. En estas articulaciones se reproducen la mayoría de las relaciones político-económicas convencionales, ampliamente descritas en la literatura acerca de la relación entre productores y corporaciones agroalimentarias (Grossman, 1998; Warning y Key, 2002). De hecho, las industrias de *packing* de orgánicos parecen reproducir con los agricultores el mismo tipo de relación observada en las industrias de *packing* convencionales. Esto sucede, especialmente, en lo referido al desequilibrio de poder y la posición monopsonica que gozan un número reducido de empresas compradoras respecto de múltiples agricultores proveedores. Dicha posición reduce la capacidad de los agricultores para negociar contratos y precios con las empresas, convirtiéndolos en «tomadores de precios». En esta situación, las empresas de *packing* pueden ser muy selectivas con respecto al producto que aceptan; y, de hecho, pueden negarse a recibir productos por razones que no siempre están bajo el control, o que no son transparentes para los productores. En algunos casos, también las empresas de *packing* juegan un papel demasiado relevante en la dirección del proceso productivo intrapredial, privando a los agricultores del control sobre la gestión de sus propios cultivos. Finalmente, puesto que el criterio orgánico de las compañías de *packing* normalmente se limita a evitar el uso de ciertos productos (tales como pesticidas, herbicidas y transgénicos), antes que la promoción de prácticas agroecológicas estas compañías promueven entre sus proveedores un criterio minimalista de producción orgánica.

Las relaciones de estos agricultores con las cadenas de supermercados también son complicadas. La mayoría de los agricultores orgánicos no puede satisfacer las demandas de estandarización, continuidad y consistencia en suministro que requiere el comercio minorista. De hecho, las cadenas de supermercados requieren un suministro anual fiable, de calidad homogénea, que es difícil de cumplir para la mayoría de los agricultores. Hay, sin embargo, algunos casos en que -desarrollando un producto de nicho exclusivo, como té herbarios orgánicos o mermelada orgánica-, los agricultores han podido abrirse espacio en supermercados de élite. Este

nicho representa una importante oportunidad comercial, pero tampoco está libre de riesgos. De hecho, la capacidad de negociación de los agricultores frente a las cadenas de supermercados es reducida. Más aún, los productos nicho ofrecidos por agricultores sufren una agresiva competencia de precios bajo la forma de productos *premium* de empresas convencionales, con los que normalmente comparten el mismo espacio de estante.

Ahora bien, la evidencia indica que los agricultores orgánicos tienen mayor capacidad de renegociar y ejercer formas autónomas de poder respecto de los agricultores convencionales. De hecho, la exclusividad del producto que ofrecen, permite que algunos agricultores orgánicos puedan: (i) ocupar estantes del supermercado con marcas propias (algo que es casi imposible para agricultores convencionales medianos); (ii) obtener precios más altos por parte del comercio, sobre la base de su exclusividad; y, (iii) desarrollar espacios de venta directa con los consumidores a través comercio de productos saludables, tiendas «alternativas» o la venta directa. En el mercado de exportación, los productores orgánicos pueden negociar mejores precios con las compañías de *packing* y, especialmente, dado que los productos orgánicos son todavía escasos, las probabilidades de que su producto sea rechazado por los *packing*-exportadores es significativamente menor. De hecho, muchos agricultores señalan que entre los motores de conversión hacia la producción orgánica no está necesariamente la probabilidad de obtención de sobreprecio -que es baja-, sino la posibilidad de acceder a un mercado seguro. Además, aunque las compañías de *packing* de orgánicos son tan intrusivas en la gestión intrapredial como las convencionales, sí permiten y promueven varias prácticas agrícolas sustentables. Por ejemplo, las compañías de *packing* de orgánicos animan el intercalamiento de cultivos entre los *berries*, lo que permite la combinación entre la producción de *berries* para el mercado internacional con la producción diversificada de vegetales destinados al consumo familiar y a la comercialización doméstica. En conjunto, estas tendencias requieren un examen más cuidadoso que el de la fatalista hipótesis de convencionalización.

También es importante notar que la mayoría de los agricultores orgánicos muestra un alto nivel de compromiso personal con la agroecología. De hecho, el negocio orgánico chileno todavía es pequeño y no ofrece un sobreprecio importante a los productores. Es por ello que la mayoría de los agricultores que se comprometen en prácticas orgánicas lo hacen debido a un compromiso personal y experiencia de vida, antes que motivados por precios *premium*. De hecho, uno de los impulsos de

conversión más importante es la dramática experiencia personal o familiar de envenenamiento por pesticidas. La enfermedad o muerte de un miembro familiar debido a agroquímicos se convierte en un punto absoluto de «conversión» hacia el cultivo orgánico; éste incluye la opción de producir orgánicamente, no sólo para el mercado, sino también proporcionar una variedad de comida agroecológica a la dieta familiar. Esto involucra sistemas complejos de producción intra-predial y el desarrollo de intercambios informales con otros productores orgánicos. Otro motor de conversión, de veta más ideológica, refiere a la relectura de una militancia anterior en grupos políticos de izquierda con una más nueva sensibilidad ecológica o una relación personal con el campo y la naturaleza. Emergen entonces aquí discursos tales como: «*Yo quiero cultivar como lo hizo mi padre, con respeto por la naturaleza*».

Un ejemplo de este tipo de compromiso es el caso de un agricultor que produce leche de manera estrictamente agroecológica, a pesar de la imposibilidad total de obtener un sobreprecio, puesto que en Chile ninguna marca vende actualmente leche orgánica. De hecho, este agricultor vende toda su leche a una industria de queso no orgánica, a precio regular. Para él, la razón de este comportamiento aparentemente antieconómico es que le permite obtener fertilizante orgánico para sus otros cultivos, estableciendo un sistema complejo de producción y circulación de nutrientes. Incluso el gerente de la compañía certificadora BCS -un actor que la literatura consideraría como uno de los más convencionalizados-, tiene una vinculación histórica personal con la antroposofía, acercamiento filosófico que está en las bases del movimiento de permacultura. Así, la mayoría de los agricultores considera que el compromiso personal es su núcleo de resistencia contra los procesos de convencionalización práctica y a la vez, un ejercicio cívico.

En este grupo de agricultores orgánicos orientados a mercado se confunden entonces prácticas convencionalizadas y no convencionalizadas. Los agricultores producen importantes cantidades de *berries* con un criterio orgánico minimalista (reducido a la limitación en el uso de agroquímicos) para las empresas de *packing*, mientras que al mismo tiempo desarrollan en sus predios varias prácticas que van mucho más allá de los criterios mínimos de certificación. Como fue descrito, ellos practican intercalamiento de cultivos para consumo familiar (huerto de verduras) y para la venta en el mercado doméstico (como hierbas medicinales); producen su propio abono en lugar de comprar fertilizantes orgánicos comerciales; o incluso pueden mantener la producción orgánica, pese a no conseguir sobre

precios. Por consiguiente, a pesar de las tendencias de convencionalización documentadas, estos agricultores muestran también contra-tendencias. De esta manera, descartarlos como convencionalizados y minimalistas sería una simplificación gruesa del caso, lo que de hecho obliga a re-pensar cómo las auténticas preocupaciones agroecológicas se mezclan en prácticas de cultivo privadas y comerciales.

5. CAMPESINOS AGROECOLÓGICOS Y HORTICULTORAS URBANAS: EN LOS MÁRGENES DE LAS TENDENCIAS DE CONVENCIONALIZACIÓN

El segundo grupo de productores organizado en torno a prácticas agroecológicas está conformado por pequeños productores rurales y urbanos y sus asociaciones. Éstos son productores de pequeña escala, con escaso acceso a los mercados nacionales y globales, de orientación al autoconsumo y a los mercados locales, con una preferencia instrumental por la práctica agroecológica como una manera de reducir sus costos productivos. Algunas de las organizaciones de estos productores en la región son: la Cooperativa El Carmen, la Asociación Comunal de Huertos Orgánicos (UCHO) y la rama local del Asociación Nacional de Mujeres Rurales e Indígenas (ANAMURI); esta última es la principal organización campesina de carácter político en Chile, afiliada a Vía Campesina. Estas organizaciones están constituidas y lideradas por campesinas y campesinos políticamente informados, muy activos y que rehúsan ser reducidos al papel de productores. Esto último se evidenció cuando, durante un encuentro de soberanía alimentaria que me encontraba moderando, (desafortunadamente) presenté a las lideresas locales de ANAMURI como lideresas de productoras agrícolas. Ellas rápidamente me corrigieron, diciendo: «*En primer lugar, nosotras no somos productoras; nuestras vidas no se orientan a producir para el mercado urbano. Nosotras somos campesinas; nosotras somos las curadoras del campo, su paisaje, su ambiente, sus personas*».

Estas organizaciones se involucraron con prácticas agroecológicas, a través la relación histórica con tres ONGs tradicionales que han estado trabajando en la Región durante varias décadas: CET Yumbel, CET Sur y Trabajo para un Hermano (TPH). El trabajo de estas ONGs va más allá de la agricultura y de la producción orgánica, promoviendo entre los habitantes rurales y urbanos una amplia gama de prácticas apropiadas, sociablemente y medioambientalmente sustentables, tales como economía solidaria, soberanía alimentaria, bio-construcción, energías alternativas, entre otras. El trabajo de estas ONGs se caracteriza por un profundo sentido del territorio, en lo que se refiere al cuidado de

personas, economías, paisajes y naturaleza local.

En contraste con el perfil políticamente informado e ideológico desplegado por los y las dirigentes de El Carmen y ANAMURI, la base campesina de estas organizaciones es muy pragmática en naturaleza; es motivada por una preocupación concreta por su territorio y sustento familiar, antes que por un compromiso ideológico con la agroecología. De hecho, estos grupos campesinos se orientan principalmente a recuperar y reconsiderar prácticas de cultivo que se anclan en conocimientos comunitarios tradicionales (como por ejemplo, recuperación de semillas, preparación de fertilizantes naturales, tratamiento natural de pestes, etc.). Esto lo realizan principalmente como forma de sustituir caros insumos agroindustriales por insumos más baratos, preparados al interior del predio. Por consiguiente, el discurso ecológico de las ONGs se articula con la necesidad pragmática de campesinos y campesinas por reducir sus costos productivos y su necesidad identitaria por reconocer sus conocimientos tradicionales.

Las productoras urbanas agrupadas en las UCHOs desarrollan actividades hortícolas intensivas en pequeños patios y espacios públicos abandonados. Estas productoras están motivadas por el deseo de mejorar sus dietas familiares con productos de alta calidad, re-valorar conocimientos tradicionales de origen campesino portado por sus familias, así como complementar su estrategia económica familiar con un pequeño comercio local al interior de sus barrios. Con este fin, el carácter asociativo de las UCHOs les permite compartir trabajo y conocimiento, así como intercambiar semillas y productos excedentes.

Desde estos casos, resulta claro que la práctica agroecológica de los miembros de estas organizaciones rurales y urbanas se arraiga en un sustrato más profundo que las puras opciones políticas y éticas, además de articularse con las prácticas productivas y de subsistencia de dichas organizaciones. Así, las prácticas de dichos productores no sólo van más allá de un criterio orgánico minimalista, sino que comprometen un conjunto de prácticas ecológicas -sustentables y sobre todo económicas-, tales como el almacenamiento de agua lluvia para la irrigación, el uso de técnicas de bio-construcción, la recuperación e intercambio de semillas, etc. Más aún, la evaluación que estos productores hacen del conocimiento agroecológico obtenido desde las ONGs no transita por una apreciación abstracta acerca de su calidad medioambiental, sino que se ancla en criterios concretos tales como su contribución a la calidad y fertilidad del suelo, la productividad, su impacto en la estructura del costos y su contribución a la nutrición y a la salud familiar.

Estos productores están principalmente orientados al consumo familiar y a los mercados locales (en ferias y comercio de barrio). Por consiguiente, se localizan en los márgenes de mercados formales y totalmente fuera de la órbita de cadenas de supermercados o compañías de exportación. Así, la producción agroecológica no les ofrece un sobreprecio, sino principalmente baja su costo de producción a través de las ya nombradas prácticas intra-prediales de almacenamiento de semillas, producción de fertilizantes y control de plagas.

Algunas de las estrategias de comercialización exitosas desarrolladas por estas organizaciones representan buenos ejemplos de comercialización alternativa y de cadenas de valor cortas, de base local y organizadas de acuerdo con la confianza como criterio de gobernanza. Existen así varias «ferias campesinas», que no sólo están localizadas en las principales ciudades del área (Chillán y Concepción), sino también en pueblos más pequeños y orientadas a consumidores de bajos ingresos. Existen también redes de distribución personal a través de las cuales las organizaciones campesinas visitan barrios urbanos cercanos, entregando verduras vía provisión directa. En esta línea cabe mencionar una iniciativa -que aún no está plenamente concretada- de conectar La Cooperativa Campesina de El Carmen con sindicatos urbanos en las ciudades cercanas, para desarrollar sistemas de provisión directa. Recientemente, después del terremoto de febrero de 2010 que afectó al área -y ante el cierre total de las cadenas de comercio establecido-, varios agricultores desarrollaron cadenas del suministro directo con las comunidades costeras más afectadas. En el plano más simbólico y cuasi-ritual, los *trejkintus* o ceremonias tradicionales de intercambio de semillas, plántulas y primores se han convertido en mucho más que un espacio de comercialización, al tiempo que se vuelven lugares simbólicos de intercambios de «sabores y saberes». De hecho, en ellos los intercambios agrícolas son parte de una amplia gama de actividades que van desde la música a las comidas comunales, constituyendo así una «convivia» despojada de cualquier carácter elitista. Todas estas iniciativas constituyen experimentos preclaros de relaciones económicas cívicas entre productores y consumidores.

Estas formas de comercialización, que no involucran sobreprecios y que no se orientan a mercados de élite, no entran en la lógica de regímenes de la certificación por varias razones. Primero, porque los mercados locales y populares en los que se comercializan sus productos no ofrecen sobreprecios a la producción certificada. Segundo, porque los campesinos y productores urbanos difícilmente cumplirán los requisitos burocráti-

cos, así como tampoco poseerán los recursos económicos necesarios para un proceso de certificación. Finalmente, en la práctica, el criterio orgánico de certificación es comparativamente mínimo con respecto a las prácticas reales de estos productores. De hecho, algunas de las ONGs que apoyan a estos productores y los líderes de sus organizaciones son agudamente críticos de los regímenes de la certificación, e incluso se niegan a considerar la posibilidad de opciones colectivas ofrecidas por los certificadores.

En suma, la interconexión entre las estrategias económicas y la práctica agroecológica de dichos productores, su marginalidad con respecto a los mercados orgánicos formales, junto con su negativa a participar en los regímenes de certificación, hacen a estos grupos menos proclives a las tendencias hacia la convencionalización descritas en la literatura. Por otra parte, el hecho de que el compromiso con la práctica agroecológica entre estos productores sea más estratégico que ideológico, pudiera implicar que éstos volvieran a la agricultura convencional ante una nueva y distinta situación de costo-rendimiento (por ejemplo, un abaratamiento significativo de los agroquímicos). A pesar de esto, su compromiso con salvaguardar prácticas tradicionales contra la penetración de relaciones de producción dominantes, constituye en sí misma una práctica político-ecológica, en que se entremezclan intereses de economía doméstica con opciones cívicas.

6. EL MOVIMIENTO DE PERMACULTURA, EN LA BÚSQUEDA POLÍTICA DE LA AUTOSUFICIENCIA

Finalmente, el movimiento agroecológico en la región incluye también un grupo pequeño de productores que adscribe a los principios de permacultura. Este grupo está principalmente compuesto por dos actores: 1) una familia de élite, que tradicionalmente se ha dedicado a la agricultura y que decidió retirarse de las prácticas convencionales para establecer una granja permacultural demostrativa, orientada a la autosuficiencia; así como también una eco-escuela, para difundir las prácticas de permacultura al público general; y 2) una red de estudiantes universitarios que formaron el Instituto Chileno de Permacultura (ICP) y el Centro Manzana Verde, que practican y promueven formas de agricultura urbana, siguiendo los principios de permacultura y ecología urbana. El trabajo del ICP y de Manzana Verde, fue especialmente importante después del terremoto de Concepción, en tanto promovieron tecnologías de bioconstrucción para mejorar la calidad de las «mediaguas» de emergencia proporcionada por el gobierno y la iglesia. La escala y la importancia económica de ambos grupos son reducidas, siendo más relevante su impacto

ideológico y su efecto demostrativo.

Estos grupos no se orientan al comercio; de hecho, ellos, ambos intentan alcanzar alguna forma de autarquía, y ninguno de ellos alcanza producción suficiente como para comerciar establemente. Por consiguiente, no son proclives a las tendencias de convencionalización antes descritas. Ahora bien, la misma autarquía que los previene de las tendencias hacia la convencionalización compromete por otra parte el carácter ciudadano de su actuar, en tanto la autarquía aparece como fuertemente antisocial. Por otro lado, su fuerte trasfondo ideológico y las constantes actividades para difundir los principios de la permacultura en áreas rurales y urbanas, les restauran dicha la dimensión social.

7. REFLEXIONES FINALES: ¿TENDENCIAS HACIA LA CONVENCIONALIZACIÓN O HACIA LA AGRICULTURA CÍVICA?

La revisión de las tres vertientes del movimiento agroecológico de la Región de Bio-Bio releva varias consideraciones con respecto a la hipótesis de convencionalización vista desde un país del Sur Global. En primer lugar, no queda sino reconocer y confirmar que en el contexto de economías agrarias exportadoras de libre mercado, existen fuerzas reales que promueven procesos de convencionalización entre productores orgánicos orientados a mercado. Algunas de estas fuerzas son las muy convencionales prácticas desarrolladas por los *packings* de orgánicos, que establecen relaciones de producción que no difieren substancialmente de los *packings* no-orgánicos y que diseminan un criterio de certificación orgánico minimalista. Así mismo, la presión ejercida por las cadenas de supermercados para producir masivamente, a bajo costo y en forma estandarizada, es también una tendencia relevante. Finalmente, en la misma línea conspira el hecho de que los certificadores usen un criterio minimalista, lo cual se combina con la selección involuntaria de productores grandes, capaces de reunir los requisitos burocráticos requeridos en el proceso de certificación.

Por otra parte se evidencian también consideraciones que obligan a hacer más compleja la hipótesis de convencionalización. Como ha sido ampliamente descrito, no todos los productores agroecológicos son afectados por estas presiones. En particular, tanto los pequeños productores campesinos como los agricultores urbanos que no se orientan al mercado agroalimentario dominante -y por tanto no se relacionan con empresas de *packing*, supermercados, o certificadores-, son mucho menos vulnerables a las presiones de convencionalización descritas. Es más, para la mayoría de dichos pro-

ductores las prácticas de agroecológicas no son sólo una cuestión de principios éticos, sino también de prácticas fuertemente económicas que les permiten tanto bajar sus costos productivos, como diversificar sus fuentes de sustento. En este sentido estos productores realizan un ejercicio político que no sólo defiende una idea abstracta de ambiente, sino también aborda problemas de base territorial, personal y política.

Más aún, estas contra-tendencias no son exclusivas de los productores alternativos o de los no orientados a los mercados convencionales, sino que también pueden encontrarse varias contra-tendencias entre aquellos los agricultores orgánicos orientados al mercado. En primer lugar, muchos de ellos tienen un fuerte compromiso ideológico con la práctica agroecológica, que los motiva a ejercerla más profundamente que lo requerido en los sistemas de certificación. Al mismo tiempo, estos agricultores combinan los cultivos comerciales con productos para el consumo familiar y el mercado doméstico, usando para ello prácticas agroecológicas como el cultivo entre hileras. En este sentido, los productores orientados a mercado, pequeños y medianos, no obedecen a la segmentación dualista descrita en la literatura bajo el concepto de bifurcación, sino que desarrollan una tendencia mixta y compleja, que involucra una articulación de prácticas. Particularmente, se combina la producción convencionalizada para los mercados externos con las prácticas agroecológicas para mercados domésticos, pudiendo entonces afirmarse que dichos productores también desarrollan opciones políticas para una agricultura cívica.

En este sentido, es importante reenfocar la discusión de ciudadanía en la esfera de la producción, en lugar de la del consumo. Esto porque, si ciudadanía refiere al debate cívico y la acción coordinada, son los productores comprometidos -antes que los consumidores informados- quienes están más cercanos a su práctica. Esto se explica, especialmente, si se considera el hecho de que los productores entrelazan la totalidad de su estrategia económica y productiva con una opción de sustentabilidad, mientras que los consumidores raramente van más allá de ejercer responsabilidad en el consumo, esperando que los productores hagan el trabajo ambiental por ellos.

Este caso también recuerda la complejidad, la diversidad y la naturaleza contradictoria de los contramovimientos Polanyianos. Según Polanyi, la sociedad intenta protegerse del «molino satánico» liberado por el mercado autoregulado, pero no necesariamente existiría un contra-movimiento unificado, ni éste estaría liderado por una clase desde un punto de vista absoluto. Al contrario, Polanyi describe cómo varios grupos,

que se ven afectados de una u otra forma por los mercados autoregulados, demandan de maneras distintas el aumento de medidas protectoras respecto de sus propios intereses afectados; y representan de esta manera, temporalmente, el interés general de sociedad. De hecho, en su análisis incluso las clases propietarias pueden tomar el papel progresivo de defender la tierra y la naturaleza de las consecuencias de los procesos de mercantilización. Dicho análisis apela entonces a «desesencializar» la pregunta por la acción política, reconociendo el potencial de acción progresiva de actores improbables y permitiendo la posibilidad de articulaciones políticas diversas. En este caso los pequeños campesinos, así como también una variedad de actores de diverso cuño (que incluye desde agricultores medianos orientados al negocio, hasta estudiantes y habitantes urbanos), reaccionan contra la agricultura corporativa e intentan levantar una contra-tendencia cívica desde su propio actuar. Éstos entrelazan ejercicios de ciudadanía con la práctica cotidiana de trabajar, de producir alimentos y de cuidar la tierra y el agua que ellos sienten que les han sido confiadas.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ALTIERI, Miguel. 1998. «Ecological impacts of industrial agriculture and the possibilities for truly sustainable farming». En: *Monthly Labor Review*, Vol. 121 (7): 60-71.
- BACON, Christopher. 2005. «Confronting the coffee crisis: Can fair trade; organic and specialty coffees reduce small-scale farmer vulnerability in northern Nicaragua?» En: *World Development*, Vol. 33 (3): 497-511.
- BARNDT, Deborah. 2002. *Tangled Routes: Women, Work and Globalization on the Tomato Trail*. Aurora (Ontario): Garamond Press.
- BUCK, Daniel; GETZ, Christina; GUTHMAN, Julie. 1997. «From farm to table: The organic vegetable commodity chain of Northern California». En: *Sociologia Ruralis*, Vol. 37 (1): 1-20.
- DeLIND, Laura; BINGEN, Jim. 2008. Place and civic culture: re-thinking the context for local agriculture. En: *Journal of Agricultural and Environmental Ethics*, Vol. 21 (2): 127-151.
- DeLIND, Laura D. 2002. «Place, work and civic agriculture. Common fields for cultivation». En: *Agriculture and Human Values*, Vol. 19: 217-224.
- DOWLER, Elizabeth. 2008. «Food and health inequalities: the challenge for sustaining just consumption». En: *Local Environment: The International Journal of Justice and Sustainability*, Vol. 13 (8): 759-772.
- FRIEDMANN, Harriet. 1994. «Distance and durability: Shaky foundation of the world food economy». En: Phillip McMichael (Ed.), *The Global Restructuring of Agro-Food Systems ed. Food and health inequalities: the challenge for sustaining just consumption*, Ithaca y Londres: Cornell University Press, pp. 258-276.
- FITZSIMMONS, Margaret. 1999. «Commentary on Part II: Regions in global context restructuring, industry, and regional dynamics». En: David Goodman (Ed.), *Globalising food; agrarian questions and restructuring*, Nueva York, Londres: Routledge, pp. 115-120.
- GÓMEZ TOVAR, Laura; MARTIN, Lauren; GÓMEZ, Manuel Ángel; MUTERSBAUGH, Tad. 2005. «Certified organic agriculture in Mexico: Market connections and certification practices in large and small producers». En: *Journal of Rural Studies*, Vol. 21: 461-474.
- GONZÁLEZ, Alma Amalia; NIGH, Ronald. 2005. «Smallholder participation and certification of organic farm products in Mexico». En: *Journal of Rural Studies*, Vol. 21: 449-460.
- GOODMAN, David. 2005. Organic and conventional agriculture: Materializing Discourse and agro-ecological managerialism. En: *Agriculture and Human Values*, Vol. 17: 215-219.
- GROSSMAN, Lawrence. 1998. *The political ecology of bananas. Contract farming, peasants, and agrarian change in the Eastern Caribbean*. Chapel Hill and London: University of North Carolina Press.
- GUTHMAN, Julie. 2004a. «Room for manoeuvre? (In)Organic agribusiness in California». En: Kees Jansen y Sietze Vellema (Eds.), *Agribusiness and Society: Corporate Responses to Environmentalism, Market Opportunities and Public Regulation*, Nueva York y Londres: Zeed Books, pp. 114-142.
- GUTHMAN, Julie. 2004b. «The Trouble with 'organic lite' in California: a rejoinder to the 'conventionalisation' debate». En: *Sociologia Ruralis*, Vol. 44 (3): 301-316.
- INSTITUTO NACIONAL DE ESTADÍSTICAS, INE. (Varios años). *Censo Agropecuario*. En: http://www.ine.cl/canales/chile_estadistico/censos_agropecuarios/censos_agropecuarios.php; consulta: 20/08/2010.
- JAROSZ, Lucy; QAZI, Joan. 2000. «The geography of Washington's world apple: Global expressions in a local landscape». En: *Journal of Rural Studies*, Vol. 16: 1-11.
- KLONSKY, Karen. 2000. «Forces impacting the production of organic food». En: *Agriculture and Human Values*, Vol. 17: 233-243.
- KNEEN, Brewster. 1999. «Restructuring food for corporate profit: The corporate genetics of Cargill and Monsanto». En: *Agriculture and Human Values*, Vol. 16: 161-167.
- KOJIMA, Akira. 2010. *Responsibility or right to eat well?: Food education (Shokuniku) Campaign in Japan*. Artículo presentado en la American Sociological Association Annual Meeting, Atlanta. Disponible en http://www.allacademic.com/meta/p412336_index.html.

- LEAHY, Terry. 2004. «Food, society and the environment». En: John Germov y Lauren Williams (Eds.), *A Sociology of Food and Nutrition: The Social Appetite*, South Melbourne: Oxford University Press, pp. 52-76.
- LYSON, Thomas A. 2002. «Civic agriculture: reconnecting farm, food, and community». New England: Tufos University Press.
- LYSON, Thomas A. 2000. «Moving toward organic agriculture». En: *Choices*, Vol. 3: 42-45.
- LYSON, Thomas; GUPTILL, Amy. 2004. «Commodity agriculture, civic Agriculture and the future of U.S. farming». En: *Rural Sociology*, Vol. 69 (3): 370-385.
- MASSEY, Doreen. 2002. «Don't let counterpoise place and space». En: *Development*, Vol. 45 (1): 24-25.
- MURADIAN, Roldan; PELUPESSY, Wim. 2005. «Governing the coffee chain: The role of voluntary regulatory systems». En: *World Development*, Vol. 33 (12): 2.029-2.044.
- POLANYI, Karl. 2001. *The great transformation. The political and economic origin of our time*. Boston, Massachusetts: Beacon Press.
- RAYNOLDS, Laura. 2003. «The globalization of organic agro-food networks». En: *World Development*, Vol. 32 (5): 725-743.
- RAYNOLDS, Laura. 2000. «Re-embedding global agriculture: The international organic and fair trade movements». En: *Agriculture and Human Values*, Vol. 17: 287-309.
- SEYFANG, Gill. 2006. «Ecological citizenship and sustainable consumption: Examining local organic food networks». En: *Journal of Rural Studies*, Vol. 22 (4): 383-395.
- SEYFANG, Gill. 2005. «Shopping for sustainability: Can sustainable consumption promote ecological citizenship?». En: *Environmental Politics*, Vol. 14 (2): 290-306.
- WARNING, Mathew; KEY, Nigel. 2002. «The social performance and distributional consequences of contract farming: an equilibrium analysis of the Arachide de Bouche program in Senegal». En: *World Development*, Vol. 30 (2): 255-263.
- WINTER, Michael. 2003. «Embeddedness, the new food economy and defensive localism». En: *Journal of Rural Studies*, Vol. 19 (1): 23-32.